

# Alfonso Grosso y la novela negra

Por VICTOR CLAUDIN

Ya tiene contratada una nueva novela con la editorial Cátedra y recientemente ha salido en Planeta su novela «El Correo de Estambul», que se presenta como tal vez el mejor ejemplo de serie negra en España.

Es preciso tener en cuenta el tiempo cuando Grosso comenzaba a ser un novelista, para poder entender las características de su primera etapa. Porque era con el realismo social que siguió a la obra de los Cela cómo la literatura española se reponía de la atonía en la que había caído durante los tiempos de la posguerra, y nacía como tentativa de avanzada contra el totalitarismo cultural canonizado.

Es por eso que Grosso entonces pensaba que había que entender el arte como «conocimiento, como compromiso, como liberación, como palanca de modificación o, mejor aún, transformación de una sociedad... Y no somos simple actitud esteticista, por otro lado muy discutible, y una forma, como otra cualquiera, de ganar dinero».

Pero ese realismo social de Grosso, que secunda la tónica

literaria predominante de los años 50, se manifiesta tamizado por un estilo y una concepción de la novela no estrictamente coincidente con los presupuestos de la llamada Escuela de Madrid. Es el período que integra desde su primera novela, «La Zanja», hasta «Los días iluminados», incluyendo títulos como «Testa de Copo», donde inicia una especie de saga familiar; «El Capitote», que es claramente un intento fallido; «Un cielo difícilmente azul», puede que la mejor de todas ellas. Hay un elemento de búsqueda de un lenguaje propio, de una expresión poética, cuando los cánones objetivistas le vienen ya estrechos y que se refleja principalmente en «Germinal y Circo».

Con «Ines just coming» iba a dejar atrás su etapa de visión populista. Las directrices ideológicas son, evidentemente, las mismas; pero aquí hace constante uso del monólogo interior. Se ha iniciado su etapa más importante que seguirá en «Guarnición de silla», llegando a su culminación con «Florido Mayo»; la primera de estas dos novelas Premio de la

(Pasa a la pág. siguiente.)

(Viene de la pág. anterior.)

Crítica en 1972 y la segunda Premio Alfaguara al año siguiente. En ellas nos muestra la esencia de la destrucción, a distintos niveles, por medio de un nebuloso universo barroco. El lenguaje es recargado, y sus posibilidades expresivas alcanzan el máximo posible. «Florido Mayo» es, sin duda, su mejor novela, obra cumbre del barroco español, mediante la que el autor exorcisaba los fantasmas de su niñez, el drama vivido con la muerte de sus padres.

Sevillano afinado en Madrid, gran viajero, nacido en 1928, irrumpirá sorprendentemente en la literatura española con una nueva manera de hacer y contar historias. Es «La Buena Muerte» y representa cierto regreso superador a sus orígenes. Sigue teniendo mucho de barroca, pero su construcción se acerca mucho más a la construcción de la novela tradicional. Es desmitificadora, un algo didáctica, y propone una reflexión irónica y amarga sobre el franquismo.

Y ya priva la historia sobre el discurso, es el Alfonso Grosso más actual, más vivo, el Grosso de «Los invitados» y, ahora, de «El Correo de Estambul», en donde la muerte,

como constante capital de la obra de Grosso se mantiene casi como desenlace estereotipado con pocas excepciones. La muerte es, para el autor, un límite simbólico; es la derrota del héroe como determinado sector de la sociedad.

Los recursos son, hoy, múltiples: el juego epistolar, los informes, las intrigas, una intensidad creciente, una acción cada vez más como centro capital de cada obra.

Grosso: dos veces finalista del Premio Planeta, novelista que ha sabido ir modificándose en su lenguaje, en su interés y que ha compuesto varios de los pilares de la novelística contemporánea española. Porque siempre permanecerán aquellos claroscuros y contrastes que Francisco Trinidad señalaba en la introducción a una edición de «Florido Mayo», el estilo rayano en el manierismo, el suntuario y difícil equilibrio de las frases acuchilladas de interrupciones parentéticas, el anacoluto y el hipébaton, entre otras de sus características del modelo expresivo suyo y que son algo así como el lado de acá de la metáfora, los frondosos y verdes árboles que impiden ver el bosque. Y, agazapada y alerta, la desnuda caricatura de la muerte.